

Próximo y remotísimo

El filólogo austriaco Albin Lesky es uno de esos clásicos contemporáneos que hablan de los clásicos antiguos. Este ensayo sobre Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres grandes de la tragedia griega, se publicó por primera vez en 1938 y es un buen exponente de las contradicciones y limitaciones interesadas de los tradicionales estudios greco-latinos.

LA TRAGEDIA GRIEGA

Albin Lesky
Traducción de Juan Godó
El Acantilado. Barcelona, 2001
406 páginas. 3.900 pesetas

J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS

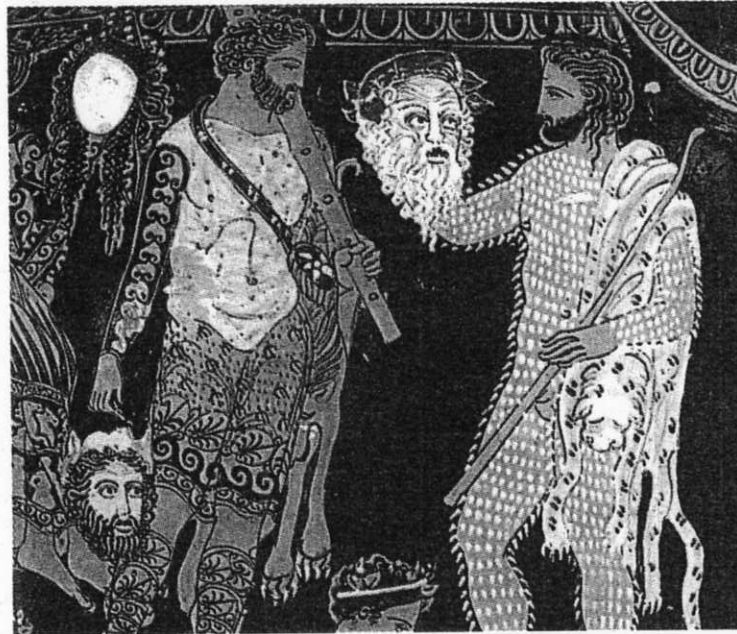
La primera edición de este ensayo se publicó en 1938. La definitiva es de 1957. Su autor, Albin Lesky, fue un sedentario profesor austriaco de filología clásica. Helenista de fama internacional, muchos lectores lo conocerán por su *Historia de la literatura griega*. Durante toda su vida, Lesky concentró su interés en dos temas, que al tiempo son dos géneros literarios: la épica y la tragedia. Eso explica que en *La tragedia griega*, sin dejar de ser filólogo, logre la condición de escritor, heredero del clasicismo y del idealismo alemán.

El libro se tradujo al español en 1966, con prólogo de José Alsina. Ahora se ha revisado la traducción, y la presentación corre a cargo de Jaume Portulas, que lleva a cabo una verdadera puesta al día e incluso esboza una clarificadora

reflexión sobre la filología del pasado siglo XX. Como él mismo señala, el mundo de Lesky puede parecernos próximo o remotísimo, según se mire. Este ensayo es un emblema de ese mundo filológico que ha entrado en una crisis irreversible, "desbordado por la proliferación y la dispersión".

Estamos, pues, ante uno de los clásicos contemporáneos que hablan de los clásicos antiguos. Un honor que también tiene sus riesgos, porque eso de que los clásicos —como alguien ha llegado a decir— se alejan de nosotros a velocidad de crucero, es válido en realidad para los clásicos contemporáneos (los antiguos se mueven a velocidad aún mayor, pero muestran la estabilidad de las constelaciones, porque ya han definido sus órbitas).

Buscando el núcleo duro de la tragedia griega, Lesky se enfrenta literariamente con el animal perfecto de la literatura. El centro del libro está dedicado a comentar con detenimiento las vidas y las obras de los tres grandes, Esquilo, Sófocles y Eurípides, y a recordarnos que ante todo fueron poetas.



Escena de 'La esfinge', de Esquilo, en una cratera del pintor Pronomos.

Se decantan con precisión los tres postulados de la tragedia: *la importante altura de la caída del protagonista* (no tanto su rango regio), *la posibilidad de que el espectador lo relacione con su propio*

mundo, y la aceptación consciente del conflicto por parte del héroe. Advierte Lesky que la dualidad Apolo/Dioniso funciona aquí como una alianza que nunca volverá a darse, "entre lenguaje y éxtasis".

Su prosa elevada alcanza definiciones inolvidables de la tragedia, como "espectáculo de las grandes potencias de la vida" o "concentración inaudita". Faltan, sí, enfoques sociológicos, psicológicos, antropológicos, o de historia de las religiones. Obviamente, es un síntoma de la época de Lesky y de su formación germana, pero sólo en parte. A mediados del siglo XX parece muy extraño que se explique la actualidad de Edipo o Electra sin mencionar a Freud (que era ciencia y literatura, y además escribió en alemán). Aparte de ese dato concreto, el pánico de cierta filología a las cuestiones sexuales puede volverse un peligro epistemológico, porque priva al lector común de datos esenciales. Cuando disculpa la misoginia de Eurípides, Lesky parece un púdico monje, pero de hecho actúa como un peligroso falsificador. Por supuesto, no hay que medirlo con respecto a nuestras coordenadas culturales, de las que está ya muy lejos. El problema es que queda infinitamente más lejos de su admirada cultura griega, cuya literatura trataba el sexo con una naturalidad ejemplar para nosotros. En cambio, a Lesky no le da ningún rubor invocar la influencia de la tragedia para acreditar la "fuerza nacional" y el orgullo de los alemanes. ¿Próximo? ¿Remotísimo? "Para cada cosa", dijo Protágoras, "existen dos concepciones que se contradicen mutuamente".

Babelia EL PAIS 20/10/2001